

2014-03-19

la Perversión en la obra de Freud

Mendiburu, María

<http://rpsico.mdp.edu.ar/handle/123456789/62>

Descargado de RPsico, Repositorio de Psicología. Facultad de Psicología - Universidad Nacional de Mar del Plata. Inni

LA PERVERSIÓN EN LA OBRA DE FREUD

Introducción

El presente trabajo está estructurado en dos partes. En la primera, realizaremos una reseña de los siguientes textos freudianos: “Tres ensayos para una teoría sexual (1905)”; “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (1905), “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” (1908); 21° Conferencia “Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales” (1917); 22° Conferencia “Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología” (1917); 23° Conferencia “Los caminos de la formación de síntoma” (1917); “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915); “Pegan a un niño” (1919); “Mas allá del principio del placer” (1920); “El problema económico del masoquismo” (1924) y “Fetichismo” (1927). Esta reseña tiene el objetivo de introducir aquellas nociones utilizadas por Freud, directa o indirectamente, para pensar a las perversiones, tales como sexualidad, erogenización, pulsión, fijación, exclusividad, placer previo, placer final, diques anímicos, represión, regresión, vuelta de la pulsión de la actividad a la pasividad, vuelta de la pulsión hacia el yo propio, lo congénito, lo accidental, fantasía. En la segunda parte, describiremos las clasificaciones que realiza Freud de las perversiones en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) y en la

conferencia 20° “La vida sexual de los seres humanos” (1917). Posicionadas desde el mencionado recorrido teórico, indagaremos cada una de las perversiones, sin adherir a una clasificación en particular: inversión; personas genésicamente inmaduras y animales como objeto sexual; sobrestimación del objeto sexual; uso sexual de la mucosa de los labios; uso sexual del orificio anal; significatividad de otros lugares del cuerpo; sustituto inapropiado del objeto sexual (fetichismo); tocar-mirar y sadismo-masochismo. Para pensar la inversión, además de los textos utilizados en la primera parte, haremos uso de “Introducción al narcisismo” (1914), “El yo y el ello” (1923) “La organización genital infantil” (1923), “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924), “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925) y “Sobre la sexualidad femenina” (1931)

PRIMERA PARTE

Tres Ensayos Para Una Teoría Sexual

Freud, en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) comienza exponiendo la representación que tiene la opinión popular respecto de la naturaleza y propiedades de la pulsión sexual:

Faltarían en la infancia, advendrían en la época de la pubertad y en conexión con el proceso de maduración que sobreviene en ella, se exteriorizaría en las manifestaciones de atracción irrefrenable que un sexo ejerce sobre otro, y su meta sería la unión sexual, o al menos, las acciones que apuntan en esa dirección. (Freud, 1905. Pág. 123)

Freud, por el contrario, extiende el concepto de sexualidad más allá de la reproducción y la genitalidad. Postulando a la sexualidad en sí misma como perversa, explica que en toda persona podría hallarse algún complemento de carácter perverso de su meta sexual:

Los síntomas en modo alguno nacen únicamente a expensas de la pulsión sexual

llamada normal (no, al menos, de manera exclusiva o predominante), sino que constituyen la expresión convertida de pulsiones que se designarían perversas si pudieran exteriorizarse directamente, sin difracción por la consciencia, en designios de la fantasía y en acciones. Por tanto, los síntomas se forman en parte a expensas de una sexualidad anormal; la neurosis es, por así decir, el negativo de la perversión. (Freud, 1905. Pág. 150)

Freud planteó que las fantasías que los perversos tienen de manera consciente y que, en ocasiones, trasponen en acciones, coinciden con las fantasías inconscientes de los histéricos, que es posible, mediante el análisis, descubrir tras sus síntomas. Quedaría planteada así la neurosis como el negativo de la perversión (Freud, 1905). La disposición a la perversión no sería una rara particularidad, sino que es inherente a la constitución del sujeto. Las raíces innatas de la sexualidad humana (pulsión oral, anal, genital, pulsión de ver, pulsión de apoderamiento) pueden desarrollarse hasta constituir una actividad sexual perversa; sufrir una sofocación insuficiente (síntoma neurótico) o una restricción eficaz (sexualidad normal). Esta constitución que exhibe los gérmenes de todas las perversiones, sólo puede rastrearse en el niño, por eso Freud dirige su interés a la vida sexual infantil y al juego de influencias, en virtud del cual, el

proceso de desarrollo puede desembocar en la perversión, en la neurosis o en la vida sexual normal. (Freud, 1905)

Sexualidad Infantil

En el presente texto, Freud explica que la sexualidad infantil nace apuntalándose en una de las funciones corporales; es autoerótica, lo cual implica que su objeto sexual se encuentra en el propio cuerpo y su meta bajo el primado de una zona erógena. Las pulsiones parciales singulares aspiran a conseguir placer cada una por su cuenta, desconectadas entre sí. La meta sexual infantil es la satisfacción lograda a partir de la estimulación apropiada de la zona erógena que posibilita cancelar el estado de tensión de la misma.

Freud denomina pregenitales a las organizaciones de la vida sexual en que las zonas genitales todavía no han alcanzado su papel hegemónico. La primera de ellas es la oral o canibática, donde la actividad sexual no se ha separado todavía de la nutrición, ni se han diferenciado opuestos (el objeto de una actividad es también el de la otra); la meta sexual consiste en la incorporación del objeto. El chupeteo, desasido de la actividad de la alimentación y que ha resignado el objeto ajeno a cambio de uno situado en el cuerpo propio, es entendido como un resto de esta fase.

Una segunda fase pregenital es la de la organización sádico-anal, en la que sí se han desplegado opuestos (activo-pasivo), la actividad es producida por la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo, y como órgano de meta sexual pasiva se constituye ante todo la mucosa erógena del intestino, sin embargo, los objetos de estas dos aspiraciones no coinciden, dice Freud. En esta fase ya son pesquisables la polaridad sexual y el objeto ajeno pero faltan todavía la organización y la subordinación a la función de la reproducción.

En “La organización genital infantil” (1923) Freud introduce una tercera fase pregenital: la fase fálica, plantea que la aproximación de la vida sexual infantil a la del adulto va más allá de la emergencia de una elección de objeto, si bien no se alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales, hay un interés por ellos y el quehacer genital cobra una significatividad dominante. El carácter principal de esta organización y que la diferencia respecto de la del adulto, reside en que, para ambos sexos, sólo un genital (el masculino) desempeña un papel, por tanto, hay algo masculino, pero no algo femenino; la oposición es aquí: genital masculino, o castrado. No hay primado genital, sino primado del falo. Por su parte, la vida sexual del adulto supone una nueva meta sexual; para alcanzarla, todas las pulsiones parciales deben cooperar y las zonas erógenas subordinarse al primado de la zona genital. Esto está posibilitado por lo que Freud llama mecanismo de aprovechamiento del placer previo, según el cual, los actos sexuales

autónomos, unidos a un placer y a una excitación, pasan a ser actos preparatorios para la nueva meta sexual, el vaciamiento de los productos genésicos, que pone fin a la excitación sexual.

Freud, en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) establece una diferencia entre el placer provocado por la excitación de zonas erógenas y el producido por el vaciamiento de las sustancias sexuales. Al primero lo designa como placer previo y al segundo placer final o placer de satisfacción de la actividad sexual. El placer previo entonces, es lo mismo que ya podía ofrecer, aunque en menor medida, la pulsión sexual infantil; el placer final, en cambio, es nuevo y posibilitado por condiciones que sólo se instalan con la pubertad, la nueva función de las zonas erógenas será su empleo para posibilitar, por medio del placer previo, la producción del placer final.

Freud, en la 21ª conferencia “Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales” (1917), establece una interesante diferencia entre perversión y sexualidad infantil. La sexualidad perversa está, por lo general, centrada, todas las acciones apuntan hacia una meta única y una pulsión parcial tiene la primacía. No habría entonces, entre la sexualidad perversa y la normal más diferencia que la diversidad de las pulsiones parciales dominantes y, por tanto, de las metas sexuales. En cambio, como ya se mencionó anteriormente, la sexualidad infantil carece de dicho centramiento y organización. Tanto la ausencia como la presencia de centramiento concuerdan con el hecho de que ambos tipos de sexualidad, la

perversa y la normal, han nacido de lo infantil. Sin embargo, Freud reconoce también que existen casos de sexualidad perversa que presentan una semejanza mayor con la infantil: son aquellos en que numerosas pulsiones parciales han impuesto sus metas independientemente unas de otras. En tales casos considera más apropiado hablar de infantilismo de la vida sexual que de perversión. En esta misma conferencia, Freud señala que lo que confiere un carácter tan inequívocamente sexual a la práctica perversa, a pesar de la ajenidad de su objeto y de sus metas, es la circunstancia de que el acto de la satisfacción desemboca en un orgasmo completo y en el vaciamiento de los productos genitales, que lo entiende como consecuencia de la madurez de la persona. Advierte que lo esencial de las perversiones no consiste en la trasgresión de la meta ni del objeto sexual, sino en el hecho de que estas se consuman de un modo exclusivo. En “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) ya Freud había introducido que:

En la mayoría de los casos podemos encontrar en la perversión un carácter patológico, no por el contenido de la nueva meta sexual, sino por su proporción respecto de lo normal. Si la perversión no se presenta junto a lo normal (meta sexual y objeto) cuando circunstancias favorables la promueven y otras desfavorables impiden lo normal, sino que suplanta y sustituye a lo normal en todas las circunstancias, consideramos legítimo casi siempre juzgar como un síntoma

patológico; vemos este último, por tanto, en la exclusividad y en la fijación de la perversión.

(Freud, 1905, Pág. 146-147)

Sin embargo, reconoce que muchas de las perversiones se alejan tanto de lo normal por su contenido que se las debe declarar patológicas. Son aquellas en las que la pulsión sexual ejecuta asombrosas operaciones como por ejemplo, lamer excrementos, abusar de cadáveres. Indica que aún en estos casos no se trata de enfermedades graves o enfermos mentales, sino que habla aquí de síntomas patológicos.

Continuando con el desarrollo del texto “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905), Freud describe dos resultados que le mostró el estudio de las perversiones:

El primero, que los diques anímicos (asco, vergüenza, dolor) que se desarrollan tempranamente, antes de que la pulsión sexual alcance la plenitud de su fuerza, son los que marcan la dirección del desarrollo, circunscribiendo la pulsión dentro de las fronteras consideradas normales. Las mociones infantiles de carácter perverso son inaplicables, por un lado, porque las funciones de la reproducción no están desarrolladas y por otro, porque la satisfacción provocaría displacer, siendo el fin de estos diques evitar dicho displacer. La constitución de estos diques queda explicada a partir de los mecanismos de la formación reactiva y la sublimación. Se edifican en el periodo de latencia y si bien pareciera que su establecimiento es por obra de la educación, cuya influencia Freud

reconoce, les asigna un condicionamiento orgánico, transmitido hereditariamente.

El segundo resultado, que la pulsión no es algo simple, sino que está constituida por componentes que en las perversiones vuelven a separarse. En la larga vía del desarrollo de la pulsión sexual, esta puede fijarse, y así todo punto de articulación de esta complicada síntesis derivar en un proceso disociador en el que corre peligro el logro de la meta sexual normal, dado que, como ya se explicó, cuando el placer previo resulta ser demasiado grande, es pobre su contribución a la tensión y no se produce la fuerza pulsional para que el proceso sexual siga adelante, todo el camino se abrevia, y la acción preparatoria reemplaza a la meta sexual normal.

Freud, en el presente texto, describe también ciertos factores que perturban el desarrollo:

El primero, es la diferencia innata del refuerzo constitucional de la pulsión sexual. Refiere al predominio de una u otra de las múltiples fuentes de la excitación sexual.

El segundo, es el vivenciar accidental que debe apuntalarse en lo constitucional para ser eficaz. Freud sólo considera aquí la seducción real, de parte de niños o de adultos, que toma al pequeño como objeto sexual, enseñándole la satisfacción de las zonas genitales. Bajo la influencia de esta, el niño podría verse llevado a practicar todas las perversiones posibles porque a su edad no están constituidos los diques anímicos que actúan como resistencia ante la pulsión sexual.

El tercero es la precocidad sexual. Se exterioriza en el acortamiento o eliminación del periodo de latencia, esto dificulta el gobierno posterior de la pulsión sexual y se convierte en causa de perturbaciones en la medida en que ocasiona exteriorizaciones sexuales precoces.

El cuarto, es denominado factores temporales, refiere a la secuencia en que son activadas las diversas mociones pulsionales y al lapso durante el cual pueden exteriorizarse, hasta sufrir la influencia de otra moción pulsional o de una represión. Si bien estos factores parecen filogenéticamente establecidos, puede haber variaciones que influyan determinantemente en el resultado final.

El quinto es la adhesividad, o también llamada viscosidad. Se manifiesta en la fijabilidad de aquellas exteriorizaciones sexuales prematuras, provocando su repetición compulsiva, y prescribiendo los caminos de la pulsión sexual para toda la vida.

El sexto es la fijación, que alude al establecimiento permanente de la perturbación.

Si bien ciertas expresiones de Freud podrían llevar a entender a las perversiones como manifestación directa de ciertas pulsiones parciales, dice:

Quizás justamente en las más horribosas perversiones es preciso admitir la más vasta contribución psíquica a la transmutación de la pulsión sexual. He aquí una obra del trabajo anímico a la que no puede negarse, a pesar de su horrible resultado, el valor de una idealización de la pulsión. (Freud, 1905. Pág. 147).

En concordancia con esto, Freud entiende que la perversión se caracterizaría por la no represión de una fantasía, esto puede observarse por ejemplo, cuando describe a la neurosis como el negativo de la perversión, señalando que las fantasías conscientes que los perversos tienen y llevan al acto coinciden con las fantasías inconscientes de los histéricos (Freud, 1905). Entendemos que la fantasía daría cuenta ya de un trabajo anímico, en que se conjugarían componentes de la pulsión sexual, por ejemplo en “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (1905), la tos de Dora figura la realización de dos fantasías de contenido sexual oral, una de carácter femenina y otra de carácter masculina, por lo que en ella se satisfarían mociones incestuosas, de inversión y la predominancia de la zona erógena oral.

22° Conferencia. Algunas Perspectivas Sobre El Desarrollo y La Regresión.

Etiología

23° Conferencia. Los Caminos De La Formación De Síntoma

Freud en la 22° Conferencia

“Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología” (1917), retomando lo expuesto en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905), plantea que el largo camino de desarrollo que recorre la función libidinal hasta poder entrar al servicio de la reproducción, acarrea dos peligros: el de la inhibición-fijación y el de la regresión. Sostiene que es posible, respecto de cada aspiración sexual, que partes de ellas queden retrasadas en estadios anteriores del desarrollo, por más que otras puedan haber alcanzado la meta última. Denomina fijación a una demora de este tipo, de una aspiración parcial, en una etapa anterior. Señala también que en un desarrollo como este, fácilmente las partes que ya han avanzado pueden entrar en un movimiento de retroceso hasta una de esas etapas anteriores, a esto lo llama regresión. Esta posibilidad se puede generar cuando se tropiece con obstáculos externos para el logro de la meta. Fijación y regresión no son independientes entre sí, cuanto más fuerte sean las fijaciones, más se esquivarán las dificultades externas mediante una regresión. Freud describe la posibilidad de dos clases de regresiones: retroceso a los primeros objetos incestuosos y retroceso de toda la organización sexual a estadios anteriores. Enfatiza en no confundir represión

y regresión, e indica que una regresión de la libido sin represión nunca daría como resultado una neurosis, sino que desembocaría en una perversión. Fijación y regresión serían propias tanto de la neurosis como de la perversión, mientras que la represión sería exclusiva de la primera. Freud en "Tres ensayos para una teoría sexual" (1905) también discernía la preponderancia de las inclinaciones perversas en la neurosis, como el llenado colateral de canales secundarios (regresión) a raíz de un corrimiento del cauce principal provocado por la represión, pero en una nota al pie, agregada en 1915, señala algo que en apariencia entraría en contradicción con lo indicado:

Esto no vale solamente para las inclinaciones perversas que aparecen negativamente en las neurosis, sino también para las perversiones positivas, propiamente dichas. Por tanto estas no se reconducen sólo a las fijaciones de las inclinaciones infantiles, sino a la regresión hacia ellas a consecuencia del taponamiento de otros canales de la corriente sexual. Por eso también las perversiones positivas son asequibles a la terapia analítica (Freud, 1905, pág. 212)

Al extender esta consideración acerca de la neurosis a la perversión también sería propia de ésta la represión. Si bien Freud utiliza la palabra represión

para referirse al taponamiento de ciertos canales de la pulsión sexual, sin embargo, se podría considerar que no se está refiriendo a este concepto desde el punto de vista tópico dinámico, proceso por el cual un acto perteneciente al sistema pre-consciente es relegado al sistema inconsciente, o un acto anímico inconsciente no es admitido en el pre-consciente (Freud, 1915). En las 22° y 23° Conferencias utiliza la denominación de frustración externa, eliminando así toda posible confusión. En la 23° Conferencia “Los caminos de la formación de síntoma” (1917) explica que el síntoma histérico se conforma bajo la doble presión de la frustración (denegación) externa e interna. Entendemos que a diferencia de la perversión, en la neurosis hay frustración interna producto del conflicto con el yo. Explica que la libido insatisfecha, rechazada por la realidad, emprende el camino de la regresión y aspira a satisfacerse dentro de una de las organizaciones ya superadas o por medio de uno de los objetos que resignó antes, cuyos retoños son retenidos aún con cierta intensidad en las representaciones de la fantasía. La libido no tiene más que volver a estas para hallar desde ellas el camino a cada fijación reprimida. Estas fantasías gozan de cierta tolerancia, y no se llega al conflicto entre ellas y el yo, por grandes que sean las oposiciones, porque su investidura es baja. Por el reflujo de la libido a las fantasías, la investidura energética de estas se eleva y esfuerzan hacia la realización. Así el conflicto queda planteado si el yo, que no sólo dispone de la conciencia, sino también de los accesos a la inervación motriz y, por tanto, a la realización de las aspiraciones anímicas, no presta su acuerdo y tales fantasías que eran pre-conscientes o

conscientes, ahora son sometidas a la represión por parte del yo y libradas a la atracción del inconsciente. Desde las fantasías ahora inconscientes, la libido vuelve a migrar hasta sus propios lugares de fijación. Cuando la libido inviste estas posiciones reprimidas, se sustrae del yo y es sometida a las leyes del proceso primario, condensación y desplazamiento.

La perversión se separa de la neurosis, por el hecho de que la regresión no despierta la contradicción del yo, lo cual le permite a la libido alcanzar una satisfacción real. Neurosis y perversión comparten frustración externa e introversión, pero faltaría en el perverso la represión y el regreso de la libido a los puntos de fijación inconsciente, donde es sometida a las leyes propias de este sistema, logrando así una desfiguración que le permite alcanzar una satisfacción en el síntoma, a expensas del yo. La retirada de la libido a la fantasía es un estadio intermedio del camino hacia la formación de síntoma, que Freud, retomando a Jung, denomina introversión. Esta noción designa el extrañamiento de la libido respecto de las posibilidades de la satisfacción real, y la sobreinvertidura de las fantasías que hasta ese momento se toleraron por inofensivas. Un introvertido no es todavía un neurótico, ni un perverso podría agregarse. Hipotetizamos que en el perverso habría una vuelta a la realidad como la que queda descripta en el arte, pero sin la sublimación que la caracteriza. El yo del perverso no inhibe el acceso a la motilidad y la fantasía se realiza en lo real.

Consideramos pertinente la mención de Freud en la 19° Conferencia “Resistencia y represión” (1917) cuando indica que los síntomas neuróticos no ofrecen nada real en materia de satisfacción, se limitan a reanimar una sensación o a figurar una fantasía proveniente de un complejo sexual. Nos parece un contrapunto interesante esta consideración del síntoma como la realización de una fantasía sexual, al igual que el sueño en la neurosis. Freud entiende que en el perverso la fantasía es consciente y escenificada por la no intervención del mecanismo de la represión.

Pulsiones y Destinos de Pulsión

Freud en este complejo artículo, luego de describir los componentes de la pulsión y postular la dualidad pulsión sexual- autoconservación, introduce que las pulsiones sexuales pueden tener cuatro destinos: trastorno hacia lo contrario; vuelta hacia la persona propia; represión y sublimación. Presentándolos como variedades de la defensa, en esta ocasión sólo examina los dos primeros. El trastorno hacia lo contrario se divide en dos procesos, uno de ellos es la vuelta de la pulsión de la actividad a la pasividad y el otro, el trastorno en cuanto al contenido.

Ejemplos del primer proceso encuentra en los pares de opuestos sadismo-masochismo y placer de ver-exhibición. Este destino se caracteriza por un cambio de meta: una meta activa (martirizar-mirar) es remplazada por una pasiva (ser martirizado-ser mirado). Respecto al trastorno en cuanto al contenido, Freud indica que se descubre en un único caso, la mudanza del amor en odio.

Al segundo destino, la vuelta de la pulsión hacia la persona propia, lo describe, a diferencia del primero, como un proceso que atañe a un cambio de vía en el objeto, manteniéndose inalterada la meta. Esto le permite a Freud pensar al masochismo como un

sadismo vuelto hacia el yo propio. En el caso del masoquismo, vuelta hacia la persona propia y vuelta de la actividad a la pasividad, convergen.

Freud en el presente texto llama narcisismo a la fase de desarrollo del yo en la que las pulsiones sexuales se satisfacen de manera autoerótica. Sin embargo establece una diferencia entre narcisismo y autoerotismo al señalar que la pulsión de ver y la pulsión sádica tienen una primera etapa narcisista en la que se tiene como objeto al propio cuerpo, mientras que los otros componentes de la pulsión serían autoeróticos. Realiza la siguiente intelección:

Los destinos de pulsión que consisten en la vuelta sobre el yo propio y en el trastorno de la actividad en pasividad dependen de la organización narcisista del yo y llevan impreso el sello de esta fase. (Freud, 1914, Pág. 127)

Freud anuncia esto respecto sólo a los pares de opuestos pulsionales sadismo-masoquismo y placer de ver y ser mirado. De los otros componentes de la función sexual indica que actúan de manera autoerótica, dado que su objeto se eclipsa siempre tras el órgano que es su fuente. Explica y distingue que si bien el objeto de la pulsión de ver es también primero una parte del cuerpo propio, no es el ojo mismo; y en el sadismo ocurriría algo similar, el órgano fuente que es la musculatura, apunta siempre de manera directa a un objeto otro, aunque se sitúe en el cuerpo propio. En las pulsiones autoeróticas, en cambio, dice Freud, es tan decisivo

el papel que cumple el órgano fuente, que forma y función de éste determina la actividad de la meta pulsional. La diferencia estaría dada por el hecho de que en el narcisismo fuente y objeto no coinciden, mientras que en el autoerotismo sí lo hacen.

Pegan a Un Niño

En el artículo que se reseña a continuación, Freud plantea que una fantasía de carácter sádico, “pegan a un niño”, aparece con consciencia clara en neuróticos, lo cual en un principio, puede parecer contradictorio con la teorización de la neurosis como el negativo de la perversión. Sin embargo, se verá en el desarrollo del texto, que esta fantasía es sustituto de otra inconsciente de carácter masoquista.

En “Pegan a un niño” (1919) Freud plantea que el componente sádico de la pulsión sexual es acogido dentro de los procesos del complejo de Edipo y que las fantasías de paliza que aparecen hacia el final de éste tienen una historia evolutiva compleja. Respecto a éstas, distingue diferentes etapas en las cuales va cambiando el vínculo con la persona fantaseadora, su objeto, contenido y significado. La primera fase de las fantasías de paliza en niñas parece de carácter sádico dado que el niño azotado nunca es el fantaseador, generalmente es un hermano. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que quien pega es el padre y no el niño, esta primera fase queda formulada como “el padre pega al niño que yo odio”. En la segunda fase la persona que pega sigue siendo la misma, pero el azotado es ahora el niño fantaseador, su texto es “yo soy azotado por el padre”, adquiere un indudable carácter masoquista y está dotada de un alto grado de placer. Freud destaca que esta segunda fantasía

es una construcción del análisis, nunca ha sido consciente. En la tercera fase, la persona que pega nunca es el padre, aparece indeterminada o se la reemplaza por un sustituto (maestro). Por otra parte, en el texto de esta fantasía aparecen mucho niños, en lugar del fantaseador quien esta vez no esta presente. El carácter esencial de esta ultima fase, que la diferencia de la primera y establece el nexo con la segunda, es que la fantasía es portadora de una intensa excitación inequívocamente sexual que procura la satisfacción onanista. Analizando la evolución de la fantasía de paliza Freud explica que la niña, implicada en su complejo de Edipo, experimenta ternura hacia el padre y odio hacia la madre que subsiste junto a una dependencia tierna. Freud entiende que “ser azotado” significa para el niño una destitución del amor y una humillación, por ello, para este es una representación agradable que el padre azote al niño odiado. Así por medio de esta primera fantasía, el niño satisface sus celos provenientes de su vida amorosa y también sus intereses egoístas. Es por este motivo que Freud no se atreve a calificarla ni como puramente sexual ni como completamente sádica. Continúa explicando que ninguna de estas mociones incestuosas escapa al destino de la represión, junto a la cual surge, de manera simultánea, una conciencia de culpa de origen desconocido, anudada a aquellos deseos edípicos y justificada por su perduración en lo inconsciente. Freud reconoce no tener una respuesta acerca del origen de esta conciencia de culpa, planteando que la nueva fase en que ingresa el niño, la lleva consigo. Nos parece importante señalar que si bien Freud, por momentos, concibe a la conciencia de culpa como simultánea a la represión, en otros,

la teoriza como aquel factor que lleva a la represión del complejo parental y que muda el sadismo en masoquismo:

“La fantasía de la época del amor incestuoso había dicho: “El (el padre) me ama solo a mi, no al otro niño, pues al este le pega”. La conciencia de culpa no sabe hallar castigo más duro que la inversión de este triunfo: “No, no te ama a ti, pues te pega”. Entonces la fantasía de la segunda fase, la de ser uno mismo azotado por el padre, pasaría a ser la expresión directa de la conciencia de culpa ante la cual ahora sucumbe el amor por el padre. Así pues, la fantasía ha devenido masoquista; por lo que yo sé, siempre es así: en todos los casos es la conciencia de culpa el factor que trasmuda el sadismo en masoquismo” (Freud, 1919. Pág. 186)

Freud reconoce no poder explicar esta trasmudación al masoquismo solo a partir del inflijo de la conciencia de culpa, sino que considera en ésta también el papel de la moción de amor. Describe:

Este ser-azotado es ahora una conjunción de conciencia de culpa y erotismo; no es solo el castigo por la referencia genital prohibida, sino también su sustituto regresivo, y a partir de esta

última fuente recibe la excitación libidinosa que desde ese momento se le adherirá y hallará descarga en actos onanistas. Ahora bien, solo esta es la esencia del masoquismo. (Freud, 1919. Pág. 186)

Consideramos que surge así una nueva perspectiva para pensar la erogenización del dolor a partir de los componentes reprimidos del amor parental, al ser la fantasía masoquista un sustituto regresivo de las investiduras libidinosas dirigidas al padre. Respecto a la fantasía de la tercera fase, “pegan a un niño”, Freud señala que si bien su apariencia es sádica, la satisfacción que se gana con ella es masoquista dado que los niños a los que el maestro azota son sustitutos de la persona propia.

Freud plantea que los desarrollos antes descritos pueden utilizarse para el esclarecimiento de la génesis de las perversiones en general, del masoquismo en particular y para apreciar el papel que cumple la diferencia entre los sexos dentro de la dinámica de la neurosis.

Respecto al primer punto, explica que el componente sexual prematuro es acogido dentro de la trama del complejo de Edipo y que una vez quebrantado éste, la perversión permanece, como secuela de él, como heredera de su carga libidinosa y gravada con la conciencia de culpa que lleva adherida. Si bien Freud hace intervenir aquí la consciencia de culpa mientras refiere a la génesis de las perversiones en

general, esto podría ponerse en interrogante dado que hasta el momento, de todas las perversiones, sólo el masoquismo quedo teorizado a partir de la intervención de ésta. Freud explica que este refuerzo constitucional de la sexualidad esfuerza al complejo de Edipo a una dirección determinada, a una perversión infantil que puede ser el fundamento para el despliegue de una perversión positiva o, por el contrario, ser interrumpida y conservada en el trasfondo de un desarrollo sexual normal al que siempre sustraerá cierto monto de energía, dando lugar así a una perversión negativa. Sin embargo el análisis de perversiones plenas no le permitió a Freud seguir estableciendo una diferencia tajante entre ambas, dado que halló que muchos de estos perversos habían iniciado también en la pubertad un esbozo de actividad sexual normal que luego se resignó ante los primeros obstáculos, retrocediendo definitivamente a la fijación infantil. A partir de lo introducido en este texto puede decirse que el complejo de Edipo no solo es el núcleo de la neurosis sino también el de la perversión, dado que para Freud todas las perversiones infantiles tienen su origen allí, es evidente que con perversión infantil Freud no alude a la sexualidad infantil, en sí misma perversa, sino a las fantasías de paliza y otras fijaciones que serían producto del atravesamiento del complejo de Edipo. Igualmente Freud advierte que una fantasía de este tipo que emerge en la temprana infancia y que es retenida para la satisfacción autoerótica, sólo debe ser concebida como un rasgo primario de perversión, ya que luego puede caer bajo represión, ser sustituida por formación reactiva, trasmudada por una sublimación o desarrollarse hasta desembocar en una perversión plena.

En cuanto al segundo punto, la génesis del masoquismo, se corrobora que el masoquismo no es una exteriorización pulsional primaria, sino que nace por reversión del sadismo hacia el propio yo. Sin embargo, Freud reconoce que la pasividad no constituye el todo del masoquismo, el rasgo que lo caracteriza es el carácter displacentero, tan extraño para un cumplimiento pulsional. La transmutación del sadismo al masoquismo queda explicada a partir de la conciencia de culpa que participa en el acto de la represión.

Respecto al tercer punto, Freud dice haber avanzado menos en el conocimiento de las fantasías de paliza de varones, dado que el material no le había resultado propicio, porque incluía muy pocos casos en los que la fantasía infantil de paliza no era acompañada por serios deterioros de la actividad sexual. Un gran número de ellos eran masoquistas genuinos y en ellos Freud descubre algo que lo aleja de seguir persiguiendo una analogía con la mujer. Observa que, tanto en las fantasías masoquistas como en las escenificaciones de estas, los sujetos masculinos se sitúan ellos mismos en el papel de mujeres, coincidiendo así su masoquismo con una actitud femenina. Freud se pregunta si el masoquismo de la fantasía infantil descansaba también en una actitud femenina similar. El análisis le revela que la fantasía susceptible de conciencia “ser azotado por la madre” no es primaria, sino que tiene un estadio previo inconsciente “yo soy azotado por el padre”. Esta fase correspondería a la segunda fase de la fantasía de la niña y la fantasía consciente “yo soy azotado por la madre” se

situaría en el lugar de la tercera fase de la niña “muchos niños son azotados”. Freud no puede encontrar en el varón un estadio previo comparable a la primera fase de la niña, pero no formula una desautorización terminante, dado que entiende que el “ser-azotado” de la fantasía masculina es también un “ser-amado” en sentido genital, pero degradado por vía de regresión. Por lo tanto Freud se corrige, la fantasía masculina inconsciente no era “yo soy azotado por el padre” sino “yo soy amado por el padre” que por los consabidos procesos fue trasmudada en la fantasía consciente “yo soy azotado por la madre”. Freud elucida así que la fantasía de paliza del varón es desde el comienzo pasiva, nacida de la actitud femenina hacia el padre; tanto en la mujer como en el varón, la fantasía de paliza deriva de la ligazón incestuosa con el padre. Freud introduce en este punto, concordancias y diversidades entre las fantasías de paliza de ambos sexos. En la niña, la fantasía masoquista inconsciente parte de la postura edípica normal; en el varón, de la invertida. En el paso a la fantasía consciente que sustituye a la anterior (la tercera fase), la niña retiene la persona del padre y, con ella, el sexo de la persona que pega, cambia a la persona azotada y su sexo (un hombre pega a niños varones). El varón, en cambio, modifica persona y sexo del que pega, sustituyendo al padre por la madre, y conserva su propia persona, el que pega y el que es azotado son de distinto sexo. En la niña, la posición originariamente masoquista (pasiva) es trasmudada, por la represión, en una sádica, cuyo carácter sexual está borrado; en el varón sigue siendo masoquista y, a consecuencia de la diferencia de sexo entre el que pega y el azotado, conserva más semejanza

con la fantasía originaria de intención genital. Freud señala como novedoso que, en el varón, la fantasía consciente tiene como contenido una actitud femenina sin elección homosexual de objeto. La niña, en cambio, mediante ese mismo proceso, escapa al reclamo de la vida amorosa, se fantasea varón sin volverse varonilmente activa, presenciando sólo como espectadora el acto que sustituye al acto sexual.

Freud realiza un señalamiento que consideramos esencial: indica que la intervención del mecanismo de la represión no cambia mucho las cosas, dado que todo lo reprimido sigue siendo eficaz en lo inconsciente. No ocurre lo mismo con el efecto de la regresión a un estadio anterior de la organización sexual, esta modificaría también las constelaciones en lo inconsciente. La regresión explicaría porque en el inconsciente no tiene efectos la fantasía (pasiva) de ser amado por el padre, sino la masoquista, de ser azotado por él.

Más Allá del Principio del Placer

Freud en “Más allá del principio de placer” (1919) reconoce haber admitido siempre un componente sádico de la pulsión sexual, que puede volverse autónomo y gobernar la vida sexual de la persona en calidad de perversión. En función de la nueva dualidad pulsional introducida en el presente texto (Eros- pulsión de muerte) se interroga, cómo podría derivarse del Eros conservador de la vida, la pulsión sádica que apunta a dañar el objeto y si en realidad no podría suponerse que ese sadismo es una pulsión de muerte apartada del yo, que saldría a la luz en el objeto, por la influencia de la libido narcisista. En “Pulsiones y destinos de pulsión” (1914) Freud teorizó al masoquismo como una reversión del sadismo hacia el yo propio; en el presente texto agrega una indicación más al señalar que una vuelta de la pulsión desde el objeto hacia el yo, no es otra cosa que la vuelta desde el yo hacia el objeto dejando entrever que el masoquismo, la vuelta de la pulsión hacia el yo propio, sería entonces, un retroceso a una fase anterior de aquella, una regresión a una fase caracterizada por un masoquismo primario. Esta perspectiva va a ser retomada y ampliada en “El problema económico de masoquismo” (1924)

El Problema Económico del Masoquismo

En “El problema económico del masoquismo” (1924) Freud comienza describiendo tres formas en las que se puede localizar el masoquismo: masoquismo erógeno; masoquismo femenino; masoquismo moral.

Sobre el masoquismo femenino indica qué informan las fantasías de personas masoquistas. Establece, al igual que como lo había hecho en “Pegan a un niño” (1919), una diferencia entre aquellos que solo con sus fantasías masoquistas obtienen una satisfacción sexual, desembocando o no en un acto onanista y aquellos otros perversos en los que el placer se obtiene en la escenificación real. El contenido manifiesto de las fantasías en ambos casos, coinciden punto por punto: ser amordazado, atado, golpeado dolorosamente, azotado, maltratado de cualquier modo, sometido a obediencia incondicional, ensuciado, denigrado, quedando la persona ubicada en una situación característica de la feminidad (pasividad). Consideramos que es un punto importante que Freud señale que en el contenido manifiesto de estas fantasías masoquistas hay un sentimiento de culpa. Dice:

En el contenido manifiesto de las fantasías masoquistas se expresa también un sentimiento de culpa cuando se supone que la persona

afectada ha infringido algo (se lo deja indeterminado) que debe expiarse mediante todos esos procedimientos dolorosos y martirizadores. Esto aparece como una racionalización superficial de los contenidos masoquistas, pero detrás se esconde el nexo con la masturbación infantil. (Freud, 1924, pág. 168)

Entendemos que la presencia de un sentimiento de culpa que tendría su raíz en la masturbación infantil o más precisamente en las fantasías que la sostienen, emparentaría masoquismo femenino y masoquismo moral. Ahora bien que aparezca en el contenido manifiesto bajo la forma de una racionalización puede ser una diferencia con el sentimiento de culpa inconsciente (necesidad de castigo) que Freud lo describe como característico del masoquismo moral. Consideramos que lo propio del masoquismo femenino radicaría en la ganancia de placer a partir de una fantasía masoquista en la cual el sujeto se ve ubicado en una situación característica de la feminidad. Pero si se tiene en cuenta lo desarrollado en “Pegan a un niño” (1919) también habría satisfacción de un sentimiento inconsciente de culpa. En dicho texto Freud trabajaba el placer proporcionado por una fantasía masoquista “yo soy azotado por mi padre”, aunque ésta sea subrogada en la conciencia por una fantasía de carácter sádico “pegan a un niño”. Allí, como ya se describió en el apartado correspondiente, la fantasía “el padre me ama”, a partir de la represión del

complejo de Edipo, se muda en “el padre me pega”, esto da cuenta de que esta fantasía constituye un castigo por la referencia genital prohibida

Respecto al masoquismo erótico, en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) Freud había postulado que la excitación sexual puede generarse como efecto colateral a raíz de procesos internos que rebasan ciertos límites cuantitativos, la coexcitación libidinosa provocada por una tensión dolorosa y displacentera sería un mecanismo fisiológico que luego de la infancia se agotaría. Freud entiende que este mecanismo proporcionaría la base fisiológica sobre la cual se erigiría después, como superestructura psíquica, el masoquismo erótico. Sin embargo, en “El problema económico del masoquismo” (1924), reconoce que aquella explicación es insuficiente porque no arroja claridad sobre los vínculos entre el masoquismo y el sadismo. Retomando ahora el supuesto de las dos variedades de pulsiones llega a otra derivación, que no contradice a la anterior. Explica que la tarea de la libido es volver inocua a la pulsión de muerte que busca desagregar al organismo y llevarlo a la condición de lo inorgánico. Esta tarea es lograda por la libido con ayuda de la musculatura, desviando, en parte, a la pulsión de muerte, hacia los objetos del mundo exterior. Ésta recibe aquí el nombre de pulsión de destrucción, pulsión de apoderamiento, voluntad de poder. Otro sector de esta pulsión de muerte, no es trasladado hacia afuera sino ligado libidinosamente en el interior del organismo, con ayuda de la coexcitación sexual antes mencionada; aquí discierne Freud el masoquismo erótico,

originario. Este nuevo presupuesto le permite pensar a Freud que el sadismo proyectado, vuelto hacia afuera, o pulsión de destrucción, puede bajo ciertas constelaciones ser introyectado, vuelto hacia adentro, regresando así a su situación anterior. En tal caso da por resultado el masoquismo secundario, que viene a añadirse al originario.

Respecto al masoquismo moral señala que éste se caracteriza por haber aflojado su vínculo con la sexualidad. Por lo general, todo padecer masoquista tiene por condición la de partir de la persona amada y ser tolerado por orden de ella; esta restricción, en cambio, desaparecería en el masoquismo moral; lo que importa en este es el padecer como tal, no interesa si lo infringe o no la persona amada. El verdadero masoquista, dice Freud, ofrece su mejilla toda vez que se presenta la oportunidad de recibir una bofetada. Si bien reconoce que es tentador dejar de lado la libido y limitarse al supuesto de que aquí la pulsión de destrucción es vuelta de nuevo hacia adentro abatiendo su furia sobre el yo, señala que mantiene la noción de masoquismo para estos que se infieren daño a sí mismos, dado que habría un vínculo con el erotismo. Freud había explicado que el tratamiento analítico pelagra muchas veces en pacientes en los que la ganancia de su enfermedad reside en la satisfacción de un sentimiento de culpa «inconsciente», (reacción terapéutica negativa). El sufrimiento que la neurosis implica es justamente lo que la volvería valiosa para la tendencia masoquista. Esto se vincula con el hecho de que una neurosis refractaria a los empeños terapéuticos puede desaparecer si la persona cae en la miseria de un matrimonio desdichado, pierde su fortuna o

contrae una grave enfermedad orgánica. Freud explica que se reemplaza una forma de padecimiento por otra, lo cual enseña que a la tendencia masoquista sólo le interesa retener cierto grado de padecimiento. Se trata de un sentimiento de culpa, pero no de carácter consciente que se presentaría por ejemplo bajo la forma de un remordimiento, sino que consistiría en un sentimiento inconsciente que Freud prefiere denominar, necesidad de castigo. Freud entiende al sentimiento de culpa como la expresión de una tensión entre el yo y el superyó, el yo reaccionaría con sentimientos de culpa, ante la percepción de que no está a la altura de los reclamos que le exige su ideal (su Superyó). Esto implica la interrogación siguiente: por qué el yo siente miedo ante una diferencia con su ideal y por qué el superyó puede llegar a desempeñar tal exigente papel. Freud explica que el superyó debe su génesis a que los primeros objetos de las mociones libidinosas del ello, la pareja parental, fueron introyectados en el yo, a raíz de lo cual el vínculo con ellos fue desexualizado, así el superyó conserva los caracteres esenciales de las personas introyectadas: su poder, su severidad, su inclinación a la vigilancia y el castigo; a su vez esta severidad puede ser acrecentada por una desmezcla pulsional y así el Superyó puede volverse duro, cruel y despiadado hacia el yo a quien tutela.

Retomando la apreciación del masoquismo moral, establece una diferencia entre esta continuación inconsciente de la moral y el masoquismo moral. En la primera, el acento recae sobre el sadismo acrecentado del superyó, al cual el yo se somete; en

la segunda, en cambio, sobre el genuino masoquismo del yo, quien pide castigo, sea de parte del Superyó, sea de los poderes parentales de afuera. En ambos casos, sin embargo, se trata de una relación entre el yo y el superyó o poderes equiparables a este último y el resultado es una necesidad que se satisface mediante castigo y padecimiento. Freud agrega, como un detalle importante, que el sadismo del superyó deviene consciente casi siempre con estridencia, mientras que el afán masoquista del yo permanece en general oculto. Ahora bien la condición de inconsciente de este masoquismo moral lo pone a Freud sobre una pista que lo lleva a elucidar el vínculo entre esta norma de conducta con el erotismo y así argumentar la decisión de mantener la denominación de masoquismo en estos casos. Explica que traduciendo la expresión “sentimiento inconsciente de culpa” por “necesidad de ser castigado por un poder parental” y sabiendo que el deseo de ser golpeado por el padre está relacionado con otro deseo, el de entrar con él en una vinculación sexual pasiva (femenina), se revela el sentido del masoquismo moral. En éste, la moral es resexualizada y el complejo de Edipo reanimado. Para provocar el castigo y satisfacer los reproches de la conciencia moral sádica el masoquista trabaja en contra de su propio beneficio. La reversión del sadismo hacía la persona propia ocurriría a raíz de la sofocación cultural de las pulsiones, en virtud de la cual la persona se abstiene de aplicar parte de sus componentes pulsionales destructivos. Freud entendía que esta parte relegada de la pulsión de destrucción salía a la luz como un acrecentamiento del masoquismo en el interior del yo, sin embargo los fenómenos de la conciencia moral le

permitieron pensar que la destrucción que retorna desde el mundo exterior puede ser acogida por el superyó y aumentar su sadismo hacia el yo, sin mediar dicha mudanza. Esto permite diferenciar masoquismo del yo y sadismo del Superyó. Sin embargo, concluye afirmando que ambos se complementan y se aúnan para provocar las mismas consecuencias. Se trataría en ambos casos de una satisfacción de castigo, ya sea del yo que lo busca o del superyó que lo impone, producto siempre de una tensión entre ambos. (Freud, 1924)

En función de esto nos interrogamos si en todo masoquismo está implicado un conflicto entre yo y Superyó (dicha tensión aparece tanto en el masoquismo femenino como en el moral) o, si por el contrario, no sería factible pensar alguna manifestación del masoquismo caracterizado por un logro de placer ligado al dolor mismo, producto de una coexistencia de éste, como dejó expresado que era posible en "Tres ensayos para una teoría sexual"(1905). O en otras palabras, un masoquismo secundario que refuerce el originario sin mediar conflicto con el Superyó.

Fetichismo

Antes de desarrollar lo establecido por Freud en su texto "Fetichismo" (1927) consideramos importante destacar que, de todas las aberraciones sexuales, el fetichismo ha tenido un lugar destacado en la obra freudiana, ya que de todas las perversiones, ésta en particular ha recibido un tratamiento más profundo de su parte.

En "Tres ensayos para una teoría sexual" (1905) Freud había señalado que en la elección del fetiche se manifiesta la influencia persistente de una impresión sexual recibida casi siempre en la primera infancia. En una nota al pie, agregada en 1920, realiza una crítica a Binet, quien había señalado que las impresiones sexuales tempranas que predisponían al fetichismo correspondían al período posterior al quinto o sexto año de vida; respecto a lo cual Freud plantea que tales fijaciones patológicas pueden ser neoformaciones tardías, dado que, tras el primer recuerdo de la emergencia del fetiche hay una fase sepultada y olvidada del desarrollo sexual que es subrogada por el fetiche como si fuera un recuerdo encubridor. Freud sostiene que el vuelco al fetichismo, así como la elección del fetiche mismo, está determinado constitucionalmente, aunque también puede suceder que sea una conexión simbólica de pensamientos, por lo general inconsciente, la que ha llevado a sustituir el objeto por el fetiche, aunque este simbolismo no sea independiente de las vivencias sexuales de la infancia. Al plantear que la fase sepultada y

olvidada que antecede al surgimiento del fetiche es contemporánea al complejo de Edipo y de castración, entiende al objeto fetiche como una subrogación del pene, pero no de un pene cualquiera, sino de uno que ha tenido gran significatividad en la primera infancia y al cual el fetichista no quiere renunciar. Lo teoriza como el sustituto del falo de la madre, al cual el fetiche preserva de su sepultamiento. Freud había ya señalado que el mecanismo de la represión, busca separar el destino de la representación del destino del afecto. En el presente texto reserva el término represión para el afecto e introduce el término desmentida para el destino de la representación. Sostiene que no emplea el término “escotomización” utilizado por Laforgue, debido a que éste evoca la idea de que la percepción se borraría de plano; en cambio, en el caso del fetichismo, la percepción de la madre castrada permanece pero se emprende una acción enérgica para sustentar su desmentida. El funcionamiento de este mecanismo es el que permite conservar y resignar a la vez la creencia en el falo de la madre. Por esto el fetiche tiene un doble sentido para el sujeto, ya que es el signo del triunfo sobre la amenaza de castración, pero a su vez la protección contra ella. En consecuencia Freud plantea que el fetiche le ahorra al sujeto el devenir homosexual, dado que presta a la mujer aquel carácter por el cual se vuelve soportable como objeto sexual. Por otro lado, es pertinente mencionar que Freud no circunscribe el mecanismo de la desmentida a la perversión fetichista, sino que extiende su uso al vivenciar infantil y a la neurosis.

SEGUNDA PARTE

En este apartado, retomaremos lo trabajado en cada uno de los textos analizados anteriormente, y basándonos en la clasificación de las perversiones que Freud realiza en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) y la conferencia 20° “La vida sexual de los seres humanos” (1917), describiremos y analizaremos cada una de estas aberraciones sexuales en su particularidad, a fin de responder a los objetivos que nos hemos planteado al inicio de este trabajo. Por otra parte, es necesario mencionar, que en algunas perversiones, como en el caso de la inversión y la pedofilia, utilizaremos textos, que si bien no han sido desarrollados en la primera parte, ofrecen consideraciones que consideremos relevantes para ampliar y profundizar el análisis de ciertas teorizaciones.

Clasificaciones de las Perversiones

Freud en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) clasifica a las aberraciones sexuales a partir de dos grandes grupos: desviaciones con respecto al objeto sexual y desviaciones con respecto a la meta sexual. En el primer grupo ubica a la inversión y a las personas genésicamente inmaduras y animales que son tomados como objetos sexuales. En el segundo grupo sitúa a las trasgresiones anatómicas (sobrestimación del objeto sexual, uso sexual de la mucosa de los labios, uso sexual del orificio anal, significatividad de otros lugares del cuerpo, sustituto inapropiado del objeto sexual) y a la fijación de metas sexuales provisionales (tocar-mirar, sadismo-masoquismo). En la 20ª Conferencia “La vida sexual de los seres humanos” (1917), retoma esta clasificación, pero no en los mismos términos, dado que entre las desviaciones de objeto, incluye a aquellos sujetos que han renunciado a la unión de los genitales, y sustituyen a estos en el acto sexual por otra parte del cuerpo (boca, ano en lugar de la vagina). Ubica también en este grupo al fetichismo, incluyendo en las desviaciones respecto a la meta sólo el tocar, el mirar y el sadismo-masoquismo

Freud destaca que cada uno de estos grupos existe de dos maneras, diferenciando aquellos que buscan su satisfacción sexual en la realidad, de aquellos que la obtienen solo a partir de la fantasía, no haciéndoles falta ningún objeto real.

Inversión

En “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) Freud distingue *invertidos absolutos*, *invertidos anógenos* e *invertidos ocasionales*. Los *absolutos* se caracterizan por el hecho de que su objeto sexual es siempre de su mismo sexo, exclusividad que se pierde en los otros dos tipos. El objeto sexual de los *anógenos* puede ser tanto de su mismo sexo como del otro y en el caso de los *invertidos ocasionales* estos sólo tomarían como objeto sexual a una persona de su mismo sexo bajo ciertas condiciones externas, como por ejemplo inaccesibilidad del objeto sexual normal, imitación, entre otras. Respecto a la meta sexual de los invertidos no puede hablarse, dice Freud, de una meta única; esta puede ser: comercio por ano, masturbación, restricción de la meta sexual.

En una nota al pie del presente texto, agregada en 1915, Freud plantea la existencia de una disposición bisexual originaria, a partir de lo cual se desarrollan luego, por restricción hacia uno u otro lado, tanto el tipo normal como el invertido. La conducta sexual definitiva se define sólo tras la pubertad, y es el resultado de una serie de factores que Freud reconoce todavía no poder abarcar en su totalidad, de naturaleza en parte constitucional y en parte accidental. Señala que en todos los tipos de invertidos es posible comprobar la vigencia de la elección narcisista de objeto y la importancia erótica de la zona anal. Sin embargo, esto también puede rastrearse, sólo que con fuerza menor, en la constitución de los tipos

ocasionales y en los fenotípicamente normales. Entiende que por más que las diferencias en los resultados puedan ser de naturaleza cualitativa, el análisis muestra que las diferencias en las condiciones son sólo cuantitativas. Entre las influencias accidentales sobre la elección de objeto homosexual señala la frustración (el amedrentamiento sexual temprano) y la falta de un padre fuerte en la infancia. Por último, para Freud es importante separar, en el plano conceptual, la inversión del objeto sexual y la mezcla de caracteres sexuales en el interior de un sujeto. En este punto retoma a Ferenczi quien distingue dos tipos de inversión: el homoerótico en cuanto al sujeto, que se siente mujer y se comporta como tal, y el homoerótico en cuanto al objeto, que es enteramente masculino y no hace más que permutar el objeto femenino por uno de su mismo sexo

En "Introducción al narcisismo"

(1914) Freud señala que si bien todo ser humano tiene abiertos frente a sí dos caminos de elección de objeto, por apuntalamiento o narcisista, este último sería propio de ciertas personas cuyo desarrollo libidinal ha experimentado una perturbación, como es el caso de los perversos y homosexuales que no eligen su objeto de amor según el modelo de la madre, sino según el de su propia persona. Según el tipo narcisista, puede amarse: a lo que uno mismo es (a sí mismo); a lo que uno mismo fue; a lo que uno querría ser; y a la persona que fue una parte del sí mismo propio. Según el tipo del apuntalamiento, puede amarse: a la mujer nutricia o al hombre protector.

Consideramos que no puede hacerse una correlación entre: elección de objeto narcisista-homosexualidad y elección por apuntalamiento-heterosexualidad, si se considera que Freud entiende que el amor de objeto por apuntalamiento es característico del hombre y la elección narcisista de objeto lo es de la mujer, no predisponiendo esto último a una elección homosexual. Freud explica que el amor de objeto según el tipo de apuntalamiento, propio del hombre, exhibe esa sobrestimación sexual que proviene del narcisismo originario y que consiste en una transferencia de ese narcisismo sobre el objeto sexual; esta sobrestimación sexual es la que daría lugar a la génesis del enamoramiento. En la mujer, las cosas son diferentes, dice Freud, dado que con el desarrollo puberal sobreviene un acrecimiento del narcisismo originario lo cual es desfavorable a la constitución de un objeto de amor dotado de sobrestimación sexual, tales mujeres sólo se aman a sí mismas y su necesidad no se satisface amando, sino siendo amadas. Freud reconoce que hay mujeres que aman según el modelo masculino y no relaciona esto con homosexualidad. Entendemos que el modelo masculino está dado por el amar y el modelo femenino por el ser amado, no diciendo esto nada respecto al tipo de elección de objeto. Amar según el tipo narcisista a lo que uno mismo es o fue, puede llevar a una elección de objeto homosexual, mientras que las otras posibilidades, no lo implican necesariamente.

En el apartado III titulado “El yo y el superyó” de “El yo y el ello” (1923), cuando Freud detalla las elecciones de

objeto propias de la conflictiva edípica señala que no pueden entenderse éstas desde la perspectiva de una elección de objeto narcisista. Hace intervenir la bisexualidad originaria del niño a partir del postulado de un complejo de Edipo completo, que implicaría la conjunción de un complejo positivo y otro negativo, dice:

El varoncito no posee sólo una actitud ambivalente hacia el padre, y una elección tierna de objeto a favor de la madre, sino que se comporta también, simultáneamente, como una niña: muestra la actitud femenina tierna hacia el padre, y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre. (Freud, 1923 Pág. 35)

A partir del sepultamiento del complejo de Edipo, las cuatro aspiraciones contenidas en él se desmontan y desdoblan, surgiendo de ellas una identificación-padre y madre. Freud indica que la identificación-padre retendrá el objeto-madre del complejo positivo y, simultáneamente, el objeto-padre del complejo invertido; y lo análogo es válido para la identificación-madre. Es interesante que Freud no haga correlacionar identificación-padre con objeto madre e identificación-madre con objeto padre, el hecho que desde una identificación-padre pueda haber tanto elección de objeto madre como elección de objeto padre y desde una identificación madre elección de objeto padre y madre, posibilita distinguir posición sexuada, determinada por la identificación predominante y elección

de objeto. A partir de la represión del Complejo de Edipo, las investiduras de objeto son resignadas y reemplazadas por identificación, según se trate de un refuerzo de la identificación padre o madre se predispondrá una posición masculina o femenina, desde la cual se podrá hacer una elección de objeto heterosexual u homosexual, determinada por la significatividad de la primera elección incestuosa de objeto.

Consideramos que esto se vincula con la necesidad que introduce Freud en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) de separar, en el plano conceptual, la inversión del objeto sexual y la mezcla de caracteres sexuales en el interior de un sujeto, y al aporte que toma de Ferenczi, quien separa el homoerótico en cuanto al sujeto y el homoerótico en cuanto al objeto.

A partir de los textos: “La organización genital infantil” (1923), “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924), “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925) y “Sobre la sexualidad femenina” (1931), puede pensarse la disposición a la bisexualidad a partir de la lógica del complejo de castración. Freud destaca en ellos, la importancia de la fase preedípica en la niña en la cual es la madre su primer objeto de amor y la zona erógena rectora el clítoris, al que le da un valor equivalente al del pene. Al enfrentarse con las diferencias sexuales anatómicas, la niña pone en marcha sentimientos de resentimiento y hostilidad, reproches dirigidos a la madre por no haberla dotado con un genital apropiado. En este momento

se instaura la "envidia del pene", motora del inicio de dos virajes: cambio del objeto de amor, sustitución de la madre por el padre y cambio de la zona erógena del clítoris por la vagina. Así ingresa la niña en el complejo de Edipo, de cual puede salir bajo tres destinos posibles: la suspensión de toda la vida sexual, la hiperinsistencia en la masculinidad o la feminidad definitiva. La segunda salida, el complejo de masculinidad, caracterizada por una insistencia en la posesión fálica, podrá decantar, en muchas oportunidades, en una homosexualidad que conservará los rasgos de la fase preedípica. En el varón, por el contrario, el enfrentamiento con las diferencias sexuales anatómicas es generador de angustia de castración y es en este punto donde se produce un menosprecio hacia el genital femenino y un rechazo hacia la mujer que puede predisponer a la homosexualidad.

Animales y Personas Genésicamente Inmaduras Como Objeto Sexual

En "Tres ensayos para una teoría sexual" (1905) Freud indica que el niño puede desempeñar el papel de objeto sexual para un individuo impotente, o cuando una pulsión urgente, que no admite dilación (principio de realidad), no puede apropiarse de un objeto mas apto. Esta observación es válida también para el comercio con animales. Freud plantea que por razones estéticas, se querría atribuir

insania a estos y otros extravíos graves de la pulsión sexual, sin embargo para él esto no es correcto dado que la experiencia ha enseñado que entre los insanos no se observan perturbaciones de la pulsión sexual diferente de las halladas en personas sanas. El abuso sexual contra los niños por ejemplo se presenta con frecuencia en maestros y cuidadores, meramente porque se les ofrece una oportunidad para ello. Los insanos, en cambio, presentan el desvío elevado a la condición de práctica exclusiva y en reemplazo de la satisfacción sexual normal.

Freud parte de considerar que entre pulsión sexual y objeto sexual no hay soldadura, pulsión y objeto son independientes. Cabría preguntarse por esta rebaja o adoración tan grande del objeto que en el caso del comercio con animales traspasa la especie. Si bien Freud no retoma dichas aberraciones a lo largo de su obra, a partir de lo descrito en "Introducción al narcisismo" (1914) podría interrogarse si en ciertos casos de perversión pedofílica no estaría implicada una adoración por el niño desde el narcisismo paterno. En "Tótem y tabú" (1913) puede encontrarse un indicio que permite pensar la disposición del hombre hacia el animal como objeto sexual. En dicho texto, Freud señala que la conducta del niño hacia el animal es similar a la conducta del primitivo con su tótem, el niño no muestra huella de esa arrogancia que mueve al hombre adulto de cultura a trazar una frontera tajante que lo separa del reino animal. El niño tiene así, dice Freud, una igualdad de nobleza con el animal, y por la desinhibida confesión de sus necesidades, se siente más emparentado con

éste que con el adulto. Hipotetizamos que en esta avenencia entre niño y animal pueden surgir perturbaciones debido al entrelazamiento del niño en su complejo de Edipo.

Trasgresiones Anatómicas Respecto de las Zonas del Cuerpo Destinadas a la Unión Sexual

Sobrestimación del objeto sexual

En “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) Freud describe que esta aberración sexual se caracteriza por estimar al objeto sexual como un todo, por abarcarlo en todas sus dimensiones, por incluir todas las sensaciones que parten de él. Entendemos que la considera como una desviación con respecto a la meta dado que es esta sobrestimación del objeto la que hace tolerar la no restricción a la unión de los genitales. A su vez, dice Freud, esta sobrestimación contribuye a elevar quehaceres relativos a otras partes del cuerpo. Consideramos por esto, que este fenómeno que linda con lo normal y que se vuelve patológico cuando anula la meta sexual normal, predispone y posibilita entender lo que Freud denomina significatividad de otros lugares del cuerpo y sustituto inapropiado del objeto sexual.

Uso sexual de la mucosa de los labios y del orificio anal

Freud en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) señala que el uso de la boca como órgano sexual sólo debe ser considerado perversión cuando entra en contacto con los genitales de otra persona. Desde una de las primeras perspectivas introducidas en el presente texto podría entenderse a ambas aberraciones sexuales como una exteriorización directa, por ausencia del mecanismo de la represión, de la pulsión oral y anal, lo cual llevaría a pensar en un infantilismo de la vida sexual. Sin embargo, si estas zonas erógenas toman el carácter de exclusividad y comandan así toda la sexualidad de la persona, pueden entenderse como perversiones, si se toma en consideración la diferencia que Freud establece en la 21° de la Conferencia entre perversión e infantilismo de la sexualidad. En estas aberraciones sexuales pueden verse los dos resultados que le había mostrado a Freud el estudio de las perversiones. Por un lado el no funcionamiento de los diques anímicos, en este caso el asco y por otro, la separación de un componente que produce una disociación en la pulsión sexual, producto de una fijación. No hay funcionamiento de lo que Freud llama el mecanismo de aprovechamiento del placer previo, el placer que proporciona la zona oral u anal resulta ser demasiado grande y reemplaza así la meta sexual normal.

En función de los factores que perturban el desarrollo, descritos por Freud también en el presente texto,

podría hipotetizarse que, en ambas conductas hay un refuerzo constitucional de la fuente oral-anal de la pulsión sexual y también un alto componente de adhesividad que contrarresta la plasticidad, elevando dichas prácticas al carácter de exclusividad. Respecto al factor de lo accidental, consideramos que es pertinente abordarlo desde la conceptualización de las series complementarias introducidas por Freud en la 23° Conferencia (1917), en las que prioriza la realidad psíquica por sobre la realidad material. Es decir, este factor no solo estaría dado por una seducción real, ya que en la conferencia introduce que constitución sexual (disposición innata) y vivenciar infantil forman una serie complementaria semejante a la de predisposición y vivenciar accidental del adulto; en el vivenciar infantil quedan incluidas las vicisitudes del complejo de Edipo y las mociones eróticas – hostiles propias de éste. Entendemos que este factor cobra relevancia para pensar ambas aberraciones sexuales a partir de la otra perspectiva freudiana mencionada ya en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905), en la que describe a la neurosis como el negativo de la perversión, advirtiendo que de lo que se trata no es de la represión de una u otra pulsión parcial, sino de una fantasía. Esto posibilita entender su postulado de que aún en todas las perversiones debe admitirse una contribución psíquica, un trabajo anímico. Así puede hipotetizarse que en tales perversiones no se trata de una expresión directa de una u otra pulsión parcial, sino que a estas subyace una fantasía de carácter incestuoso, en las que se conjugarían, en este caso, caracteres orales u anales. Puede utilizarse así la perspectiva desplegada en las 22° y 23° Conferencias: Frustración externa (vivenciar

accidental) - Introversión (regresión a fantasías y puntos de fijación) - ausencia de represión y realización, en la realidad, de una fantasía que posee un modo de organización propio de la fase a la que la libido ha quedado fijada.

A partir de “Pegan a un niño” (1919) se sabe que si bien una práctica perversa puede ser comandada por una fantasía consiente de carácter perverso-incestuoso, ésta es en verdad sustituto de otra de carácter inconsciente producto de una represión previa.

Significatividad de otros lugares del cuerpo

Como se mencionó en el apartado *sobrestimación del objeto sexual*, entendemos que es esta tendencia a estimar al objeto como un todo la que predispone a la significatividad de otros lugares del cuerpo. Ahora bien lo que caracteriza a esta aberración sexual es otro factor que permite separarla justamente del fenómeno de sobrestimación: la restricción a la boca y el ano, los cuales elevan el reclamo de ser considerados y tratados como genitales. Es importante señalar que estamos considerando que con *significatividad de otros lugares del cuerpo*, Freud alude al objeto de la pulsión sexual, mientras que con *uso sexual de la boca y el ano* se refiere a la fuente, que se encontraría en el propio cuerpo.

Para pensar esta perversión, nos parece relevante, retomar la diferencia que Freud va trazando a lo largo de su obra, entre el objeto de la pulsión y el objeto de amor. El objeto de la pulsión es definido como aquello mediante lo cual la pulsión busca alcanzar su fin (la satisfacción) y respecto al objeto de amor o de odio indica que es la relación de la persona total, o de la instancia del yo con un objeto al que se apunta como totalidad. En los primeros tiempos en los que Freud analiza los conceptos de sexualidad y pulsión no se encuentra explícitamente el problema de articular objeto de la pulsión y objeto de amor. En “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) Freud estableció una oposición entre el funcionamiento de la sexualidad infantil y el de la sexualidad adulta, entendiendo a la primera como esencialmente autoerótica. Sostenía que solo en la pubertad intervenía una elección de objeto, era la unificación de la sexualidad lo que posibilitaba la orientación hacia otro individuo como un todo. En la obra de Freud luego se fue atenuando la oposición entre autoerotismo infantil y elección de objeto dado que las fases pregenitales implican ya un tipo de relación de objeto. El concepto de autoerotismo podía implicar el equívoco de pensar que el sujeto ignoraba todo objeto externo real o fantaseado, sin embargo la denominación de pulsión parcial correspondía más a un modo de satisfacción (placer de órgano) que a un tipo de objeto, es decir la satisfacción de las pulsiones parciales no solo está ligada a una zona erógena determinada sino a un objeto parcial. Este señalamiento en donde zona erógena-fuente y objeto no se corresponden, es importante para pensar este tipo de aberración sexual donde ano y boca

podrían pensarse como objetos de la pulsión. El objeto de la pulsión queda entendido entonces como aquel que procura la satisfacción a la pulsión. El objeto de amor o de odio, como ya se mencionó, no refiere a esta relación de la pulsión con sus objetos, sino a la del yo total con los objetos que serían en sí mismos totales. El desarrollo psicosexual estaría dado por el pasaje de un objeto parcial (objeto pulsional- objeto pregenital) a un objeto total (objeto de amor- objeto genital).

Consideramos que es importante tener en cuenta que en la organización pregenital infantil autoerótica ambos objetos, boca y ano, se encontraban eclipsados tras su fuente en el propio cuerpo. Establecemos como una posible hipótesis que en dichas aberraciones haya habido una permutación de este objeto parcial por otro análogo en un cuerpo ajeno. Esto podría llegar a dar cuenta de porqué Freud restringe esta aberración a la boca y el ano, quedando la significatividad de otras partes de cuerpo como por ejemplo el pie, la nariz y los cabellos del lado del fetichismo.

Sustituto inapropiado del objeto sexual

También en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) Freud señala que en esta aberración el objeto sexual normal es sustituido por otro que guarda relación con él pero que es

completamente inapropiado para servir a la meta sexual normal. Por ejemplo, una parte del cuerpo (el pie, los cabellos) o un objeto inanimado que mantiene relación con la persona (prenda de vestir, ropa interior). Enseña que los casos en los que se exige al objeto sexual una condición fetichista para que pueda alcanzarse la meta sexual constituyen la transición hacia los casos de fetichismo patológicos. El anudamiento con lo normal está dado por el fenómeno de la sobrestimación del objeto sexual, que es psicológicamente necesario ya que es fundamental que se invada todo lo conectado con el objeto por asociación, por lo tanto, cierto grado de este tipo de fetichismo es inherente al amor normal, particularmente en el enamoramiento donde la meta sexual normal muchas veces es inalcanzable o su cumplimiento parece postergarse. El caso patológico sobreviene solo cuando la aspiración al fetiche se fija, excediéndose de la condición mencionada, y reemplazando a la meta sexual normal, el fetiche se desprende de esa persona determinada y pasa a ser un objeto sexual por sí mismo. Ya en una nota al pie de "Tres ensayos para una teoría sexual" (1905), agregada en 1920 había señalado el entramado de dicha perversión con el complejo de Edipo, para postular en "El fetichismo" (1927) al fetiche como una subrogación del pene de la madre, posibilitado esto por el mecanismo de la renegación. Freud entiende que el fetiche le ahorra al sujeto el devenir homosexual, dado que presta a la mujer aquel carácter por el cual se vuelve soportable como objeto sexual, homosexualidad derivada de un horror hacia la mujer, ya que al no poseer ésta un genital masculino, pone en juego el propio narcisismo. Señala una actitud bi-escindida del

fetichista frente al problema de la castración de la mujer: en la construcción del fetiche puede hallarse la desmentida y la aseveración de la castración, significando tanto que la mujer está castrada como que no lo está. En otros casos, la bi-escisión se muestra en lo que el fetichista hace, en la realidad o en la fantasía, con su fetiche. En algunos casos lo trata de una manera que equivale a una figuración de la castración, lo cual sucede, en general, cuando hay una fuerte identificación-padre; el fetichista desempeña entonces el papel del padre, a quien el niño le había atribuido la castración de la mujer. La ternura y la hostilidad en el tratamiento del fetiche, que respectivamente corren en igual sentido que la desmentida y la admisión de la castración, se mezclan, en diferentes casos, en proporciones desiguales. Freud comprende desde esta perspectiva, la conducta del cortador de trenzas en quien hay una necesidad de escenificar la castración que él mismo desconoce.

Freud explica la instauración del fetiche a partir de un proceso, semejante a la detención del recuerdo en la amnesia traumática, donde el interés se detiene también a mitad de camino. Introduce que quizás se retiene como fetiche la última impresión anterior a la traumática, es decir, aquella producida antes de ver castrada a la mujer, de allí la frecuencia con que se emplea como objeto fetiche, el pie, el zapato o las prendas interiores, que anteceden el momento del desvestido, el último en que todavía se podía considerar fálica a la mujer.

Fijación de Metas Sexuales Provisionales.

Tocar y mirar:

En “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) Freud señala que el placer de ver se convierte en perversión cuando se circunscribe con exclusividad a los genitales, se une a la superación del asco (mirar a otro en sus funciones excretorias) o suplanta a la meta sexual normal, en lugar de servirle de preliminar. En esta perversión Freud destaca como un rasgo particular que la meta sexual se presente en una doble configuración (activa y pasiva). Indica que bajo la influencia de la seducción, la perversión de ver puede alcanzar gran importancia. Sin embargo, sostiene que puede emerger en el niño como una exteriorización sexual espontánea: el niño pequeño que carece de vergüenza puede mostrar una tendencia a desnudar su cuerpo poniendo énfasis en sus genitales. La curiosidad de ver los genitales de otras personas se hace manifiesta más adelante cuando algo del sentimiento de vergüenza ya se ha desarrollado y la ocasión para satisfacer esta curiosidad se presenta en la satisfacción de las dos necesidades excrementicias; los niños pueden convertirse así en fervientes mirones de la micción y la defecación de otros. En “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915) Freud destacaba que en las pulsiones que tienen por meta el ver y el mostrarse, pueden distinguirse las

mismas etapas que en el par de opuestos sadismo-masochismo: a) El ver como actividad dirigida a un objeto ajeno; b) la resignación del objeto, la vuelta de la pulsión de ver hacia una parte del cuerpo propio (vuelta de la pulsión hacia la propia persona) y la vuelta de la pulsión de la actividad a la pasividad (ser mirado) c) la inserción de un nuevo sujeto al que la persona se muestra a fin de ser mirado por él.

Sin embargo, establece una diferencia con el sadismo debido a que reconoce en la pulsión de ver una etapa anterior a la que designa como a. Explica que inicialmente la pulsión de ver es autoerótica, es decir tiene un objeto que se halla en el propio cuerpo, y que luego es por vía de la comparación que este objeto es permutado por uno análogo de un cuerpo ajeno (etapa a).

Sadismo- masochismo

En el lenguaje usual el concepto de sadismo fluctúa entre una actitud meramente activa o violenta ante el objeto sexual, hasta un sometimiento y un maltrato infligido a este último como condición exclusiva de la satisfacción. Para Freud, solo esta segunda acepción merece el nombre de perversión. De manera similar, la designación masochismo abarca todas las actitudes pasivas hacia la vida y el objeto sexual. Para Freud, solo la más extrema de éstas, el

condicionamiento de la satisfacción al hecho de padecer un dolor físico o anímico infligido por el objeto sexual, merece el nombre de masoquismo

En “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) y en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915) se describe al sadismo como un componente inherente de la pulsión sexual. La crueldad en la niñez es natural porque la inhibición a partir de la cual la pulsión de apoderamiento se detiene ante el dolor del otro, la capacidad de compadecerse, se desarrolla tardíamente, el dolor es el que funciona como dique de la pulsión de apoderamiento. Freud indica que la raíz de la pulsión sádica puede reconocerse en la promoción de la excitación sexual por medio de la actividad muscular, refiriendo que muchas personas le informaron haber vivenciado signos de excitación sexual durante juegos violentos. Señala también que procesos afectivos intensos pueden desbordar sobre la sexualidad. La angustia frente a un examen, por ejemplo, o ante una tarea difícil de resolver, puede producir excitación y llevar esta a una masturbación o a una polución. El efecto de excitación sexual de muchos afectos en sí displacentero, como el angustiarse, el estremecerse de miedo o el espantarse, puede conservarse en ciertas personas durante toda la vida lo cual explica, dice Freud, que éstas esperen la oportunidad de recibir tales sensaciones, situando aquí una de las raíces principales de la pulsión sadomasoquista.

Como ya se mencionó, el sadismo es entendido como un componente inherente a la pulsión sexual (inclinación

a sojuzgar, a doblegar), cuyo valor biológico reside en la necesidad de vencer la resistencia del objeto sexual. El sadismo como perversión implicaría una autonomía y un elevamiento, por desplazamiento, de este componente al papel principal. Respecto al masoquismo, lo entiende como una prosecución del sadismo vuelto hacia la propia persona, no como una exteriorización pulsional primaria. Sin embargo indicar el origen de la pulsión sadomasoquista en la excitación sexual de afectos displacenteros puede ser el inicio de aquella otra perspectiva introducida en “El problema económico del masoquismo” (1924) en la que postula la existencia de un masoquismo erógeno.

Si bien otorga gran importancia a la pulsión de apoderamiento, Freud reconoce que no puede derivarse el par de opuestos sadismo-masoquismo sólo a partir de este componente agresivo; pone así en relación, la presencia de estos opuestos con la oposición de lo masculino y lo femenino. Al igual que lo hizo con la pulsión de ver, destaca como un rasgo particular de la pulsión de apoderamiento que la meta sexual se presente en una doble configuración activa y pasiva. Ya en “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) había introducido que el masoquismo mostraba la cooperación de una serie de factores que exageraban y fijaban la originaria actitud sexual pasiva (complejo de castración, consciencia de culpa). Describiendo como llamativo de esta perversión, que su forma activa y su forma pasiva se encuentren juntas en una misma persona, entiende que quien siente placer en producir dolor a otro en una relación sexual es

también capaz de gozar al recibirlo, es decir, que un sádico es siempre también, al mismo tiempo, un masoquista, aunque uno de los dos aspectos de la perversión, el pasivo o el activo, puedan desarrollarse con más fuerza y constituir la práctica sexual prevaleciente.

Como ya se mencionó, en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915) Freud entiende al masoquismo a partir de un sadismo vuelto hacia el yo. Explica el par de opuestos sadismo-masoquismo, en función de los mecanismos trastorno hacia lo contrario y vuelta hacia la propia persona. Describe las siguientes etapas: a) una acción violenta, como afirmación de poder, dirigida a una persona como objeto (sadismo); b) el objeto es resignado, sustituido por la persona propia (vuelta de la pulsión hacia el yo) y vuelta de la pulsión de la actividad a la pasividad (ser pegado); c) Se busca como objeto una persona ajena que, a consecuencia de la mudanza sobrevenida en la meta, tome sobre sí el papel de sujeto. El caso c es el del masoquismo como comúnmente se lo llama, puede observarse cómo se constituye a partir de un sadismo originario. En la etapa b, hay una vuelta hacia el yo propio de la pulsión sádica, pero no sustitución de una meta activa por una pasiva, esto engendra autocastigo, pero no masoquismo, como sucede en la neurosis obsesiva. Freud señala que la concepción del sadismo se ve perjudicada por la circunstancia de que la pulsión sádica persigue, junto a su meta general (la humillación y el sojuzgamiento) una meta particular: el infligir dolor. Y el dolor no es una meta originaria de la pulsión, es a partir de la trasmudación al masoquismo

donde surge como meta pasiva; una vez que el sentir dolor se ha convertido en meta, sí puede surgir la meta sádica de infligir dolor, pero el sujeto lo gozará de manera masoquista por identificación con el objeto que sufre. El dolor es así una meta originariamente masoquista pero que solo puede devenir en quien es originariamente sádico. Es interesante que si bien Freud señala la existencia de un sadismo primordial, el placer ligado al dolor, ya sea recibido o infligido, siempre es masoquista.

En “Pegan a un niño” (1919) Freud sigue pensando al sadismo como un componente sexual y al masoquismo como una prosecución de éste pero, introduciendo que el componente sádico es enredado en el complejo de Edipo y el masoquismo es resultado del influjo de la consciencia de culpa. Allí describió que en la fantasía masoquista de ser azotado, hay castigo por la referencia genital prohibida y también excitación libidinosa proveniente justamente de esta parte reprimida, surgiendo así, como se mencionó en el apartado correspondiente, una nueva fuente para pensar el placer ligado al dolor.

En “Más allá del principio de placer” (1920) el opuesto sadismo-masoquismo es re-pensado a partir de la introducción de la nueva dualidad pulsional, perspectiva que sigue ampliando en “El problema económico del masoquismo” (1924). En primer lugar, ni el sadismo ni el masoquismo son una exteriorización pulsional primaria, la pulsión de destrucción es ya un desvío hacia el exterior de la pulsión de muerte. Respecto al masoquismo, si bien lo describe como una reversión del sadismo hacia el yo propio, agrega el señalamiento de que

una vuelta de la pulsión del objeto al yo no es otra cosa que la vuelta desde el yo hacia el objeto, dejando entrever la existencia de un masoquismo erógeno, que tampoco debe entenderse como una exteriorización pulsional primaria. Implica ya una mezcla pulsional, pertenece a la parte de la pulsión de muerte, que al no ser trasladada hacia fuera, es ligada libidinosamente en el interior del yo. Para pensar las aberraciones sexuales dadas por una fijación en metas provisionales puede utilizarse también gran parte de la perspectiva empleada en “uso sexual de la mucosa de los labios y del orificio anal”. Desde ésta, se podría concebir al placer de ver perverso como una exteriorización directa, por ausencia del mecanismo de la represión, de la pulsión de ver, y al sadismo perverso como expresión directa, también por ausencia de dicho mecanismo, de la pulsión de apoderamiento. En ambas habría una ausencia de funcionamiento de los diques anímicos, de la vergüenza en el primer caso y de la compasión en el segundo. En estas perversiones tampoco funcionaría lo que Freud denomina mecanismo de aprovechamiento del placer previo. Respecto a los factores que perturban el desarrollo, puede destacarse un refuerzo constitucional de la pulsión de ver o de apoderamiento y un alto grado de adhesividad o viscosidad de la libido. En lo que respecta al factor accidental, como ya se indicó anteriormente, resulta más productivo tomarlo desde la conceptualización de la 23ª Conferencia que permite ubicar en el vivenciar infantil las vicisitudes del complejo de Edipo. Respecto a esto resulta esencial retomar lo introducido por Freud en “Pegan a un niño” (1919) donde indicó que el carácter prematuro de un componente sexual (innato-constitucional) no se encuentra

aislado sino que es acogido dentro de la trama edípica (vivenciar infantil). Plantea que las fantasías de paliza y otras fijaciones perversas nunca surgen en una fecha anterior al sexto año, época en la que el complejo de Edipo ya ha culminado, y entiende que dichas vivencias recordadas son en realidad subrogados de éste. Ahora bien, estos sustitutos conscientes pueden proveer por sí solos placer al sujeto o por el contrario, requerir una escenificación real. Freud siempre estableció una diferencia entre ambos, pero no elaboró una explicación que diera cuenta de la causa de tal divergencia, sí en cambio repitió reiteradamente que la neurosis es el negativo de la perversión, en tanto que las fantasías conscientes y capaces de transponerse en acción, en los perversos, aparecen inconscientes en los neuróticos. En "Pegan a un niño" (1919), en cambio, aparece una fantasía de carácter perverso en la consciencia de neuróticos a la cual sin embargo Freud señala como sustituto de otra de carácter inconsciente, esto abriría la perspectiva de que tanto en la neurosis como en la perversión hay represión y retorno de lo reprimido.

CONCLUSIONES

Para responder al objetivo general “indagar de qué manera las perspectivas que introduce Freud en Tres Ensayos para una teoría sexual, para pensar a la perversión, se ven afectadas por las modificaciones que va realizando a lo largo de su obra” consideramos importante señalar que éste se fundaba en la distinción de dos perspectivas. Una concebía la neurosis como el negativo de la perversión; la otra no las consideraba categorías excluyentes sino que la diferencia sólo estaba dada por una cuestión de grado, quedando lo patológico de la perversión caracterizado por la exclusividad y la fijación.

Luego de reiteradas lecturas consideramos que esta segunda perspectiva no puede sostenerse con solidez. Si bien neurosis y perversión no se excluyen mutuamente dado que la sexualidad humana es perversa en sí misma, no puede afirmarse que la diferencia sea gradual porque la exclusividad es descrita por Freud como propia de la insania, y al no quedar explicitado qué se entiende por insania o enfermedad mental, consideramos que no puede establecerse una correlación directa entre exclusividad y perversión positiva. Entendemos que con el término insania Freud podría estar aludiendo a enfermedades mentales del tipo de la psicosis. Tampoco nos parece válido correlacionar las aberraciones sexuales, que no se caracterizan por la exclusividad, con la neurosis; aunque el comercio sexual con niños y animales se presente de

forma esporádica, daría cuenta ya de una falla en el funcionamiento de los diques anímicos o de un déficit en el principio de realidad que no logra demorar la urgencia de una pulsión, para apropiarse de un objeto más apto. Es la primera perspectiva, la que concibe a la neurosis como el negativo de la perversión, la que va a ir mutando y complejizándose en función de las modificaciones que va introduciendo Freud a lo largo en su obra.

Para responder a este objetivo general y también al cuarto de los objetivos particulares “Qué relación establece Freud entre la perversión y el mecanismo de la represión”, nos parece productivo interrogar sobre qué hace recaer Freud el mecanismo de la represión haciendo que la neurosis aparezca como el negativo de la perversión. Dicho interrogante señalará el camino para responder a ambos objetivos. En algunos puntos de “Tres ensayos para una teoría sexual” (1905) el mecanismo recae sobre una pulsión parcial (oral, anal, escópica, sádica). La perversión, caracterizada por la ausencia de éste, podía entenderse como una exteriorización directa de lo pulsional. En otros puntos, Freud lo hace recaer ya sobre una fantasía y la perversión, también caracterizada por la ausencia del mecanismo de la represión, podía describirse como una aberración sexual que pone en acción aquellas fantasías que permanecen inconscientes en los neuróticos. Es en “Pegan a un niño” (1919) donde Freud da un paso más al postular que a una fantasía perversa de carácter sádico subyace una represión, apareciendo esta fantasía como sustituto de otra, incestuosa, de carácter masoquista.

Esto se vincula con el quinto de los objetivos “Rastrear si existen, entre las llamadas perversiones, mecanismos psíquicos comunes que permitan englobarlas bajo esta categoría y que a su vez permitan diferenciarla de la neurosis”. A partir de “Pegan a un niño” (1919) neurosis y perversión se emparentan, al ser la represión y el complejo de Edipo inherentes a ambas. Quizás un elemento diferencial pueda llegar a ser el grado de desfiguración que deba alcanzar el sustituto de la fantasía incestuosa para ser tolerado por el yo, retomando la perspectiva de las 22° y 23° Conferencias. Entendemos que el mecanismo que puede llevar a establecer una diferencia relevante no es ya la represión sino la regresión, ya que, como explicó Freud en “Pegan a un niño” (1919), es la que transforma las constelaciones en lo inconsciente, modifica aquella fantasía inconsciente que va a tener eficacia en el sujeto determinando algo de su posición. Dado que la represión es inherente tanto a la neurosis como a la perversión, podría hipotetizarse que hay deterioro tanto en la sexualidad neurótica como en la perversa, por lo que esta noción no constituiría una vía apropiada para pensar una diferencia entre ambas.

No encontramos un mecanismo psíquico propio y común a todas las perversiones, solo la renegación en el fetichismo, aunque este no reemplaza a la represión y Freud no lo hace exclusivo de dicha aberración sexual, sino que lo extiende también al vivenciar infantil y a la neurosis. Un punto presente en todas las perversiones es la exclusividad, la posibilidad de gozar sólo de una manera.

Si bien este rasgo puede explicarse a partir de la eficacia de una fantasía inconsciente que enmarca el deseo en ciertas condiciones irremplazables, hay que considerar el factor de adhesividad o viscosidad, al cual Freud le asigna un carácter congénito, que contrarresta la plasticidad de la libido y así también otras posibilidades de goce.

Esto alude al primero de nuestros objetivos particulares “investigar los factores que determinan la exclusividad y fijación de la libido en las perversiones”. Freud no solo asigna un carácter congénito a esta viscosidad de la pulsión sino también a su factor cuantitativo, este factor constitucional junto al factor accidental constituyen una serie que acompaña a Freud desde sus primeras teorizaciones.

El tercero de nuestros objetivos particulares proponía “indagar cómo piensa Freud la perversión a partir de la formulación de las series complementarias”. En los primeros trabajos Freud entendía que la perversión se producía por un refuerzo constitucional de la pulsión sexual y por la existencia de una seducción de carácter real. Luego cuando avanza y da a la realidad psíquica una importancia prioritaria, este factor accidental pasa a ser concebido de modo diferente. En la 23ª Conferencia propone una serie complementaria compuesta por lo constitucional y el vivenciar infantil, en el que queda incluida la conflictiva edípica, y en “Pegan a un niño” (1919) puede observarse cómo Freud hace intervenir esta serie al postular que un componente prematuro de carácter sádico es acogido de la trama y las vicisitudes del complejo de Edipo.

Respecto al segundo de los objetivos “explorar de qué modo las modificaciones en el concepto de pulsión influyen en el modo de teorizar la perversión” consideramos que es importante esencialmente para pensar el par de opuesto sadismo-masoquismo. En “Más allá del principio del Placer” (1920) quedan introducidas cuestiones esenciales que luego son retomadas en “El problema económico del masoquismo” (1924). Por un lado, Freud no entiende ya a la pulsión sádica como un componente de la libido sino fundamentalmente como expresión de la pulsión de muerte. Decimos fundamentalmente porque la pulsión sádica implica ya una mezcla pulsional. Por otro lado, el masoquismo siempre había sido entendido como consecuencia de una reversión de un sadismo primordial, reversión que podía darse o no, en esta nueva perspectiva que se deriva de la nueva dualidad pulsional, ambos, sadismo y masoquismo erótico, son inherentes a la estructura del sujeto.

BIBLIOGRAFÍA

Freud, S: (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. En Obras Completas Tomo VII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S: (1905). *Fragmento de análisis de una caso de histeria*. En Obras Completas Tomo VII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S: (1908). *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*. En Obras Completas Tomo IX. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S: (1914), *Introducción del narcisismo*. En Obras Completas Tomo XIV. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S (1915): *Pulsiones y destinos de Pulsión*. En Obras Completas Tomo XIV. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S: (1917). *Conferencias 20, 21, 22 y 23*. En Obras Completas Tomo XVI. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S: (1919). *Pegan a un niño*. En Obras Completas Tomo XVII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S: (1920) *Más allá del principio de placer*. En Obras Completas Tomo XVIII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S:(1923), *El yo y el ello*. En Obras Completas Tomo XIX. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S: (1923). *La organización genital infantil*. En Obras Completas Tomo XIX. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S: (1924) *El problema económico del masoquismo*. En Obras Completas Tomo XIX. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S: (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. En Obras Completas Tomo XIX. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S: (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. En Obras Completas Tomo XIX. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, S: (1927) *Fetichismo*. En Obras Completas Tomo XXI Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Freud, s: (1931) *Sobre la sexualidad femenina*. En Obras Completas Tomo XXI Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

Martinez, A; Rangone, L: (2009) *Aproximación histórica al campo de las perversiones y perspectiva freudiana*. Buenos Aires, Mar del Plata. Presentada en la Universidad Nacional del Mar del Plata para la obtención del grado en Licenciatura en Psicología

Zorzutti, G; Canchelara, L; Wacker, C: (2006) *El fetichismo: una presencia vacía*. Buenos Aires, Mar del Plata. Presentada en la Universidad Nacional del Mar del Plata para la obtención del grado en Licenciatura en Psicología